

Respecto á España, y más áun respecto á Francia, creo que la triste agitacion jamas pasará de la superficie ni ahondará en la médula de nuestras dos sociedades. El estado de los pueblos latinos, profundamente mejorado por la gran revolucion económica, que ha destruido las vinculaciones y que ha desamortizado las tierras en manos muertas retenidas; tal estado hace que la utopia socialista se refugie allá en las muchedumbres de las grandes ciudades, muy ataraceadas por la terrible carestía de todos los objetos indispensable al consumo diario y en las regiones donde la propiedad se acumula, por incidencias independientes de la voluntad del legislador, en pocas manos, y las faenas jornaleras toman la triste angustia que suelen tener en las forjas y en las minas.

Pero no alcanza de ningun modo el movimiento socialista de los pueblos latinos la inmensa gravedad que alcanza ese mismo fenómeno en los pueblos germanos, sajones y moscovitas. Las raíces del feudalismo, áun á flor de tierra en Alemania; la complicidad moral de las clases altas con los ensueños apocalípticos de las clases bajas en Rusia; el carácter amayorazgado de la propiedad en Inglaterra dan mayor pábulo al socialismo en todos estos pueblos que aquí, entre nosotros, donde la division de las propiedades por la igualdad de los hijos ante la herencia y por el gran movi-

miento económico individualista tienden á nivelar con equidad las várias condiciones y á distribuir con proporecion y con medida la riqueza por todo el cuerpo social.

Así, las últimas perturbaciones de París, la manifestacion ruidosa y gárrula de los Inválidos y la manifestacion abortada del Hôtel de Ville, más bien provienen de accidentes fortuitos y de la debilidad ministerial que de profundas y verdadera corrientes. Al resolverse con decision el Ministerio por la indispensable resistencia, el orden ha entrado en su verdadera regularidad. Ha bastado que un ministro, el de Justicia, conminára seriamente á los fiscales para que persiguieran los delitos contra la seguridad pública; y otro ministro, el de la Gobernacion, recordára que no pueden celebrarse reuniones al aire libre, sino en espacios cerrados y cubiertos; que otro ministro, el de la Guerra, concentrase las guarniciones en la capital, para que todos los elementos, salidos de madre, hayan repentinamente vuelto á su cauce, disipándose la manifestacion amenazadora en favor de la comunidad revolucionaria como una engañosa pesadilla.

Más, mucho más hoy embarga mi ánimo y lo apenas el movimiento de revision constitucional, en hora nefasta iniciado por la extrema izquierda republicana, sin comprender cómo quebranta las

instituciones nuevas y mantiene una innecesaria perturbacion política. Muy pronto el partido republicano ahora olvida que la República se ganó por un voto no más en la Asamblea Constituyente de Versalles, y que la revision significó por mucho tiempo una tendencia del partido realista y otra tendencia, no ménos pronunciada y fuerte, del partido imperial contra la República. Los reaccionarios montaron una constitucion frágil, con ánimo de cambiar los poderes electivos por los poderes permanentes y hacer de la nueva forma de gobierno una indefinida é indefinible interinidad. No lo creeríamos si no lo viésemos; no creeríamos que republicanos de abolengo cayeran á una en la red con tanto arte urdida por los monárquicos de conviccion bajo sus plantas. Cuando la escuela monárquica sostiene que nuestras instituciones son débiles, nosotros debemos demostrar su solidez y su estabilidad. El ministerio Freycinet, débil bajo otros conceptos, en éste de la revision constitucional tenía una gran fuerza y estaba en muy firme terreno, porque la resistia de todas véras y la contrastaba con soberano esfuerzo. El ministerio Ferry, para conciliarse los amigos de Gambetta, cuyo error consistió en una revision relativa, tambien la invoca y la sostiene, aunque parcial y concreta, y aplazada para dentro de dos ó tres años. Error, en mi sentir, tambien esta promesa increíble, aun-

que templada por el aplazamiento. En todos los pueblos libres las Constituciones alcanzan una respetable antigüedad. Se pierde allá en la memoria humana el origen de la Constitucion británica, formada con ideas de todas las razas y fragmentos de todos los tiempos. La Constitucion americana es muy vieja. Del año 48 data la Constitucion federal suiza, ligeramente reformada el año 74 en sentido unitario. La Italia independiente, libre, una, cabe dentro del Estatuto de Cárlos Alberto. ¿Por qué no habia de caber la República francesa dentro de la Constitucion de Versalles? Si el partido gobernante no lo comprende así, condena á la República sin remedio á la inestabilidad, y condenándola por imprevision á la inestabilidad, fomenta las supersticiones monárquicas y trae la reaccion universal.

Muchos republicanos de buena fe comienzan á comprender esta verdad evidente, y á tirar hácia atras en el camino de perdicion que habian emprendido al borde oscuro del abismo donde abre su tenebrosa boca esa grande incógnita. Monsieur de Clemenceau, en cuyo espíritu late, como en todos los espíritus de alguna superioridad, la idea gubernamental, sigue más bien con aparato retórico que con profunda conviccion política, la idea de revision, pero encerrándola en tales misterios que parece, cosa tan clara y conspicua, un verdadero mis-

terio. Monsieur Anatolio de la Forge, carácter elevado y entero, aunque muy radical en sus ideas, entiende que no puede llegarse hoy al radicalismo práctico; y retrocede y se acoge á la estabilidad constitucional. Idéntico proceder sigue un demócrata honrado y antiguo, M. Mairic, diputado de Narbona, quien dimite su cargo porque es designado como revisionista en las últimas elecciones, y alcanza todos los peligros de la revision. Su amor á la patria y á la libertad le ha mostrado que con esas amenazas de cambios indefinidos se corre á la vaguedad política, y que con la vaguedad política se cae pronto en la incertidumbre pública, y que de la incertidumbre pública se pasa más pronto aún al malestar general. No ha nacido un hombre de su temple para mirar más á la tribuna pública que á la propia conciencia, para seguir más al comité de los electores que al conjunto de los franceses, para encerrar sus ideas en el distrito casero y no en el pueblo todo, para destruir ministros y encontrarse luego con que se han destruido ministerios, y con los ministerios todo gobierno, y con todo gobierno la libertad, la democracia, la República, la Francia; porque puestas las sociedades humanas en la terrible alternativa de optar entre la dictadura y la anarquía, optan siempre por la dictadura. Corregid, republicanos franceses, vuestras leyes paulatinamente dentro de la Cons-

titucion, pues los períodos constituyentes sin necesidad equivalen á períodos revolucionarios sin fuerza, y los períodos revolucionarios sin fuerza material y sin fuerza creadora traen un desmayo y enflaquecimiento necesarios, á cuyo término se halla la debilidad, que llama la dictadura y el cesarismo para dormir en paz el sueño abrumador de la reaccion.

Sí, la revision constitucional trae consigo toda suerte de riesgos dañosísimos sin compensaciones de ninguna ventaja. Un suicida instinto de perdida tan sólo puede aconsejar que, para combatir á todos los pretendientes, se resuciten y evoquen todas las pretensiones. Aquéllos que suspiran por una especie de Asamblea soberana, sin límites en su autoridad y sin contrapesos á su poder, no saben cómo hay una concepcion más avanzada todavía dentro de la democracia: el plebiscito, y cómo dentro del plebiscito late por fuerza una amenaza terrible ¡ay! el Imperio. Así que pongais en tela de juicio la Constitucion vigente, producto, como todas las obras duraderas, de transacciones entre lo pasado y lo presente y entre lo presente y lo porvenir, vendrá por fuerza el debate universal sobre lo divino y lo humano, con la triste atomizacion de las ideas y la guerra feroz entre los ánimos. Vuestra obra de paz y de concordia se habrá venido á tierra. Una discusion á muerte, de las

que siembran irreconciliables odios entre los individuos y las familias, traerá una de esas guerras espirituales, si ménos cruentas, más largas que las guerras civiles, á cuyo término tendréis que someteros, como todos los pueblos divididos por pasiones implacables, al silencio y sumision del más exagerado despotismo. Y surgirá la pretension monárquica cual surgirán las demas pretensiones análogas. Y viviréis en perpétuo aquelarre de ideas confusas, en sábadó infernal de teorías políticas. Y aquí surgirá la vieja sociedad, como una de esas horribles apariciones que vomita el purgatorio sobre la campesina gente al toque de ánimas; y allí vendrán de nuevo los doctrinarios, atribuyendo todos los males al sufragio universal y demandando el regreso á las clases medias y el sacrificio de las ideas democráticas, así para salvar un resto de libertad como para traer un seguro á la paz; y más allá se levantará el Imperio, mezcla informe y absurda de Carlo-Magno y Robespierre, proponiendo la dictadura perpétua para castigar á los gárrulos parlamentarios y cumplir las promesas del redentor socialismo; y más allá vendrán los comunistas de la cátedra ocurriendo con un Estado fuerte al remedio de tantos males como trae la triste agitacion y con un procedimiento empírico á la cura de tantas llagas como abre la inquietud general en las fuerzas del infeliz trabajador; y tras

todas estas legiones anárquicas y anarquizadoras, el cortejo de insensatos y dementes que hay allá en el hondo seno de los abismos sociales, el nihilista con la fórmula de guerra implacable á todo poder en los labios, y en las manos el siniestro rayo de la revolucion cosmopolita.

Y si, al fin y al cabo, los republicanos estuvieran unidos, vaya en gracia. Pero ahí la division será más terrible todavía, y el resultado de tantas controversias y disputas mucho más infausto. Vendrá quien proponga la fortificacion del poder ejecutivo, lanzado hoy á la calle, como trasto viejo, por la supremacía parlamentaria; quien arbitre una Constitucion como la Constitucion americana y suspire por un federalismo como el federalismo helvético; quién suprima el Senado por freno harto fuerte para el movimiento de una República popular; y quien maldiga del Parlamento y de las Cámaras, erigiendo sobre sus ruinas un remedo de Imperio con formas de República, semejante al que idearon los sucesores primeros de César para dorar un poco la ignominiosa esclavitud del pueblo.

No puede, no, darse mayor desventura, para iniciar agitaciones morales, que la triste agitacion material, capaz de proponer á los pueblos cansados de fiebres la celebracion del triste aniversario de la Comunidad revolucionaria como una verdadera fiesta nacional, cuando la Comunidad lo pri-

mero que combatía y que negaba era la nación. El Gobierno ha tenido que ponerse firme sobre sus estribos y que armarse del arma de la ley para contrastar tamaño atentado á la conciencia nacional. En virtud de semejante decision ha preso á los anarquistas más tumultuarios y ha traído sobre París las guarniciones de los alrededores, proponiéndose contrastar la fuerza desordenada de abajo con la fuerza formidable de arriba. Y efectivamente ha pasado el 18 de Marzo, día del aniversario tan temido, y no se ha experimentado en París agitación de ningún género, por tantos aguardada. Los parisienses hanse ido al campo como suelen, y las fiestas idílicas y las églogas han reemplazado á las esperadas explosiones de vívido entusiasmo confundidas con explosiones de dinamita. El campo de Marte, sitio extensísimo, donde se pierden, como en triste llanura de la Mancha, los bordes del horizonte sensible por los inmensos espacios desiertos, no ha visto aparecer ni siquiera un revolucionario. Los curiosos miraban desde las alturas del Trocadero, y sólo descubrian los grandes edificios de París envueltos en una especie de cenicienta niebla, parte por un rayo de sol mustio esclarecidos, y parte asombrados por cenicientas nubes, aunque era el día de los llamados allí hermosos.

Pero si los anarquistas no han podido reunirse

al aire libre y en público, hanse desquitado bajo techo y en asambleas particulares ó privadas. El barrio latino ha celebrado el aniversario con bien poco entusiasmo. Algunos estudiantes habían querido prestar homenaje al triste recuerdo, sin haber acertado á mover con verdadero afecto ni á decir una palabra elocuente á su edad, tan propia para el idealismo y tan ajena de suyo al desengaño. Nada de provecho; disertaciones y más disertaciones, la mayor parte leídas y, por consiguiente, untosas y olientes al aceite de la vigilia, y poco idóneas para despertar las grandes pasiones, que despiertan con facilidad una palabra inflamada y un gesto imponente. Luego no había en aquel conjunto de innovadores socialistas ninguna unidad, y en cada discurso particular surgía una opinión individual, reñida con las opiniones que ántes ó despues de aquella se proferían y expresaban. Un viejo comunista, individuo de la Comunidad revolucionaria en aquel tempestuoso tiempo, expidió larga disertación sobre su historia, y actor é historiador á un tiempo, no tuvo un acento siquiera que pudiese conmover á su auditorio. Hubiérase cualquiera creído en la Trapa de los cartujos deshabitados del lenguaje y no en la capital ateniense de los oradores ingeniosos, á no salir un tal Delorme con arrebatos enfáticos y originalidades y extravagancias ridículas. El Imperio de los

Bonapartes habia hecho de Francia una China, y la república de los burgueses ha hecho de Francia una Suiza, decia; por consiguiente, los franceses resultan hoy una mezcla muy curiosa de chinos y helvecios. Despues de haber dicho esta gran barbaridad, se levantó, en alas de su entusiasmo profético, á encarecer y alabar los equinoccios. Y como algunos se explicáran este grandísimo entusiasmo de un héroe de la igualdad por la igualdad estacional de las noches con los dias, él ha dicho que no, que hacía tales encarecimientos por haber venido en un equinoccio, en Setiembre, dia 4, la República, y en otro equinoccio, en Marzo, dia 18, el socialismo. Y una carcajada general disolvió esta reunion comunera, en la que brillaba más la llama de los ponches que la llama de los pensamientos.

En otras salas han menudeado los discursos incendiarios y las amenazas de forjar una sociedad nueva en el molde hirviente de una revolucion popular. Mas como quiera que faltasen los principales jefes, presos por el Gobierno, y que Luisa Michel, perseguida, hubiera desaparecido, no tuvieron animacion los varios congresos anarquistas celebrados á un tiempo en diversos puntos de París. Á propósito, Luisa Michel ha encontrado una discípula, quien deja muy atras á su maestra en exageracion y en violencia. Celebrábase una re-

union de radicales, y en la reunion de radicales hablaba un regidor del Ayuntamiento parisien, tan avanzado como el demócrata socialista Mr. Ives-Guyot. El socialismo de su conciencia y el temperamento de su ánimo no fueron parte á impedir que conociera cómo las manifestaciones várias al aire libre, ideadas en París, eran obra y hechura de la reaccion universal, decidida, por la cuenta que le tiene, á desordenar la República, para ver si viene, sobre el oleaje de una grande anarquía, el anhelado Imperio. Aún el orador no acababa de proferir esta justa imputacion de las maniobras anarquistas á los partidos reaccionarios, cuando entró numerosa turba comunera y se dirigió á la tribuna, demostrando una vez más, con sus violencias, cómo respeta el partido demagógico la libertad de la palabra y la inviolabilidad del pensamiento. En pocos segundos Ives-Guyot se vió asaltado por una inmensa muchedumbre que le proferia en los oidos palabras de muerte y le denostaba con homicidas insultos. Por un movimiento indeliberado de natural defensa, echóse hácia atras, y al echarse hácia atras, los energúmenos, poseidos del demonio de la ira, le cogieron á una con violencia y le derribaron sin piedad en tierra. Una vez derribado, echáronse rabiosos, todos en tropel, sobre su cuerpo. Uno le escupió y otro le pisoteó, y aún hubo quien, asestándole una cuchillada tras de la oreja

